



Castro, viuda, mujer que fué de D. Diego de Haro, á quien ninguna hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El rey, que no sabia refrenar sus apetitos y codicias, puso los ojos en ella. Sabia cierto que por via de amores no cumpliria su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero; alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca; presentó de todo indicios y testigos, que en fin al rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á D. Sancho, obispo de Ávila, y á D. Juan, obispo de Salamanca. Ellos, por sentencia que pronunciaron en favor del rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso; venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia. ¡Oh hombres nacidos, no ya para obispos, sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla.

Dado que se hobo la sentencia en Cuéllar, do el rey era ido, se hicieron con grandísima priesa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia; algunos dicen que no más de una noche. El color fué que los grandes se aliaban contra el rey, y que convenia atajalles los pasos ántes que con la dilacion se hiciesen más poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas; allí cubria su injuria y afrenta con el vano título de reina. Destas bodas nació un hijo que se llamó D. Juan, para consuelo de su madre, juego que fué adelante de la fortuna.

Á los principios de las guerras civiles que se tramaban en Castrojeriz, villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel, hija segunda de don Juan Nuñez de Lara, con D. Juan, infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya, que el rey quitó á D. Tello su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fué estar aliado con los demas grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente mujer de su estado patrimonial; si en el reinado de D. Pedro valiera la razon y justicia, y se hiciera alguna diferencia entre

tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió á doña Constanza su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Alencastre.

Con los señores aliados se confederaban cada dia otros grandes; en especial D. Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del rey, y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo; despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las reinas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del rey no se podia sanar con medicinas más blandas. Desta suerte se abrian las zanjias y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles que mucho afigieron á España, y por largo tiempo continuaron, y el cielo abria el camino para que el conde D. Enrique viniese á reinar.

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla, y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzeph Bulhagix, despues que reinó por espacio de veintim años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traicion, que fué Mahomad, á quien por la vez llamaron Lagó, tio que era de Juzeph, hermano de su padre é hijo de Farrachen, señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros á grande priesa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos, y mudar reyes á cada paso.

Este mismo año el rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos Hergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Hacia se esto en



tiempo que todo Aragon estaba alborotado, y los pueblos llenos de ruido de armas, y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla; despues por concesion del papa Bonifacio VIII los echaron della por fuerza de armas los aragoneses. Duró entónces la guerra muchos años, en que hobo varios trances; el remate fué á los aragoneses favorable. Érales muy dificultoso sustentar aquella isla, por estar en el mar Mediterráneo léjos de la costa de España, y tener de una parte á África y de otra á Génova, tan cerca que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños, deseosos de novedades, con las esperanzas que concebian temerarias, no les agradaba lo que era más sano y seguro.

Poseian en aquella isla los Orias, linaje nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Estos, confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra, se pusieron en querer echar de la isla á los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la Señoría de Génova. Quejábanse los Orias que sin ser oidos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses á Sacer y Caller, dos fuertes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra, ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer; no la pudieron entrar, porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragon les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con vária fortuna la guerra.

Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los ginoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragon para pedillese aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de venecianos tres años ántes deste en el Estrecho de Gallipoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de ginoveses, pelearon con gran porfia con las galeras de Génova, no obstante que el mar anda-

ba muy alto, y levantaba grandes olas; fueron vencidos los ginoses, y les tomaron veintitres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al traves. Murió en la batalla Ponce de Santapau, general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas. Esta victoria no fué de mucha utilidad, ni áun por entónces estuvo muy cierto cuál de las dos partes fuese la vencedora, ántes cada cual dellas se atribuia la victoria.

Los papas Clemente é Inocencio, por ver cuán grandes daños se seguian á la cristiandad destas discordias, procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los ginoveses; rogáronles instantáneamente hiciesen paces, á lo ménos asentasen algunas buenas treguas; enviáronles para este efecto muchas veces sus legados, que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones que parecia no se podrian sosegar, á ménos de la total destruicion de una de las partes; á la de los ginoveses en Cerdeña á esta sazón se allegó Mariano Juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenia. Este caballero, con la esperanza de la presa y ganancia, se juntó con Matheo Doria, cabeza de bando de los ginoveses, con la mayor parte de los isleños que le seguian. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, excepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenian fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes.

Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros y al pié de doce mil infantes, toda gente muy lucida y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotaje, como se requeria. Vinieron á servir al rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra.





Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada; señaladamente D. Pedro de Ejerica, Rugier Lauria, D. Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban. Juntóse esta armada en el puerto de Rosas: de allí, mediado el mes de Junio, alzaron anclas y se hicieron á la vela. Dejó el rey por gobernador del reino á su tío D. Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña: surgieron á tres millas de Alguer y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la vía de la ciudad, y tras ellos, con su armada por la mar, Bernardo de Cabrera.

El rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante de los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba á los demas para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente: príncipe que si no fuera ambicioso, y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demas pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los ginoveses, más para hacer ostentacion con su ligereza, que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea, con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pié, asentó su real á vista de los aragoneses: no osaron dar la batalla, porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos.

Batieron los aragoneses los muros de dia y de noche, con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra mal sana, comenzaron á enfermar muchos en el ejército de Aragon: el mismo rey adoleció; por esto de necesidad se hobo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragon: estas fueron: Que el Juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenían: demas desto dió

el rey al Juez de Arborea muchos lugares en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera, como contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron más fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alguer al rey: á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes.

La reina, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacia instancia por la partida. Por esa causa y por la muerte de Oto de Moncada y de D. Philipe de Castro y de otros nobles, se apresuraron estos conciertos y se concluyeron en el mes de Noviembre. Detívose el rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en orden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados: el Juez de Arborea y Mateo Doria que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla, y puesto por virey en ella Olfo Prochita, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato desta empresa fué mayor que el provecho ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dejar de conformarse con el tiempo, ni de obedecer á la necesidad, que es la más fuerte arma que se halla.

Despues que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de D. Juan Alonso de Albuquerque, y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano D. Fadrique, que se hacia fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hines-trosa á Castilla la Vieja para que trajese presa á la reina doña Blanca, y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fué este mandato riguroso en demasia, y cosa inhumana no dejar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, ántes de apearse fué á rezar á la iglesia mayor con achaque de cumplir con su devocion: no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo,



como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso.

El rey, avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vino á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano D. Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago D. Juan de Padilla, señor de Villagera, no obstante que era casado; lo que jamas se hiciera; el antojo del rey pudo más que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste principio se continuó adelante que los maestros fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo maestre. Crecian en el entretanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla D. Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destes caballeros aliados.

Demas de su natural crueldad embravecia al rey la mala voluntad que veia en los grandes, y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la reina, sobre todo que no podia ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió á Castilla la Vieja para juntar gente y lo demas necesario para la guerra. Con esta determinacion se fué á Tordesillas, do estaba su madre la reina. Los de Toledo llamaron al maestre D. Fadrique para valerse dél: vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demas grandes al tanto acudieron de diversas partes, y alojados en derredor de Tordesillas tenían al rey como cercado, con intento de cuando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla, y la enviase fuera del reino; que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecieran y se pasarian á su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser mujer, y la autoridad de reina, y el parentesco que con el rey tenia; volvió empero sin alcanzar cosa alguna.

Con esto los grandes perdieron la esperanza

de que de su voluntad haria cosa de las que le pedian; y como la reina y el rey su hijo se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid é intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre D. Fadrique; en ella murió á la sazón Juan Alonso de Albuquerque con hierbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese, por sus contrarios, y en gracia del rey. Este fin tuvo un caballero como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de D. Alonso de Albuquerque y nieto del rey D. Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el rey como el que fué su ayo: despues fué dél aborrecido, y acabó sus dias en su desgracia, con tan buena opinion y fama acerca de las gentes, cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo (segun que él mismo lo mandó en su testamento) los señores, como lo tenían jurado, le trajeron embalsamado consigo sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese.

Enviaron los nobles de nuevo su embajada al rey con ciertos caballeros principales para ver si (como se decia), le hallaban con el tiempo más aplaçado y puesto en razon. Lo que resultó desta embajada fué que concertaron para cierto dia y hora que señalaron se viese el rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenían aplazado, vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debia, y los grandes aliados, conforme y segun se usa en Castilla, besaron al rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo, por su mandado, brevemente les dijo: que era cosa pesada, y que el rey sentia mucho ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la liber-